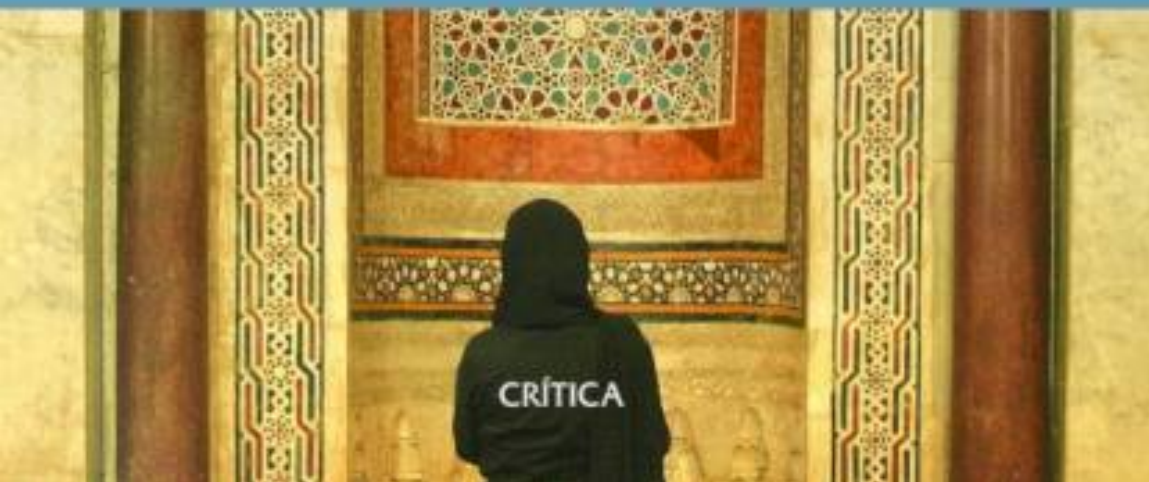




LOS ÁRABES

DEL IMPERIO OTOMANO
A LA ACTUALIDAD

EUGENE ROGAN



Índice

- Portada
- Dedicatoria
- Introducción
- Capítulo 1. De El Cairo a Estambul
- Capítulo 2. El desafío árabe a la dominación otomana
- Capítulo 3. El imperio egipcio de Mehmet Alí
- Capítulo 4. Los peligros de la reforma
- Capítulo 5. La primera oleada de colonialismo. El norte de África
- Capítulo 6. Divide y vencerás. La Primera Guerra Mundial y el pacto de posguerra
- Capítulo 7. El imperio británico de Oriente Próximo
- Capítulo 8. El imperio francés de Oriente Próximo
- Capítulo 9. El desastre palestino y sus consecuencias
- Capítulo 10. El auge del nacionalismo árabe
- Capítulo 11. El declive del nacionalismo árabe
- Capítulo 12. La era del petróleo
- Capítulo 13. El poder del islam
- Capítulo 14. Tras la guerra fría
- Epílogo
- Epílogo. El año uno de las revoluciones árabes
- Agradecimientos
- Permisos
- Álbum de fotos
- Notas
- Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Dedico este libro a
Richard Huia Woods Rogan*

INTRODUCCIÓN

El 14 de febrero del año 2005 —día de San Valentín— un potente coche bomba asesinaba al antiguo primer ministro libanés Rafiq Hariri en el centro de Beirut. Al regresar a su hogar tras asistir a una reunión del Parlamento, Hariri no sólo había seguido un itinerario predecible sino que, al verse inmerso en una bulliciosa caravana de vehículos, su comitiva resultaba muy fácil de detectar en el característico y denso tráfico de la ciudad. La tonelada de explosivos de la trampa dejó un enorme cráter en el punto por el que momentos antes discurría la carretera costera y resquebrajó las fachadas de los edificios colindantes. Además de Hariri hubo otras veintiuna víctimas mortales, entre políticos, guardaespaldas y chóferes, además de civiles cuyo único delito había consistido en hallarse en las inmediaciones. El crimen había sido espectacular, incluso a los curtidos ojos de un espectador beirutí.

Hariri era el hombre más rico y poderoso del Líbano. Había amasado su fortuna como contratista en Arabia Saudí, aunque después había regresado a casa al terminar la guerra civil que había devastado su país a lo largo de los quince años que median entre 1975 y 1990, convirtiéndose así, durante el período de posguerra, en uno de los artífices de la reconstrucción del Líbano. Más tarde abrazaría la carrera política, y sería nombrado primer ministro en 1992. Diez de los trece años que habían de quedarle de vida los dedicaría a encabezar el gobierno del Líbano.

El proyecto estrella de Hariri durante su mandato como primer ministro se había venido centrando en la elaboración del plan de rehabilitación del centro de Beirut. Una vez

revitalizado, argumentaba, el céntrico barrio de negocios de la urbe se convertiría en el motor de la regeneración económica de ese espacio ciudadano, antaño floreciente. El plan resultó controvertido, y la despreocupada indiferencia de Hariri ante el conflicto de intereses derivado del hecho de que él fuera a un tiempo primer contratista de las obras y jefe del gobierno que adoptaba las decisiones urbanísticas dio lugar a que se le acusara fundadamente de corrupción. Con todo, eran muchos los libaneses que consideraban que Hariri era la única esperanza de su país. Había llegado a financiar él mismo, de su propio peculio, buena parte de los gastos del gobierno libanés. Conseguía infundir en los inversores extranjeros —principalmente ricos expatriados libaneses y personajes de la realeza Saudí— la confianza suficiente como para decidirles a colocar su capital en la convulsa economía libanesa. De ese modo comenzaría a emerger, de los escombros dejados por la guerra civil, una elegante ciudad provista de modernas infraestructuras.

En octubre del año 2004, Hariri presentó su dimisión como primer ministro en protesta por la injerencia de Siria en la política libanesa. Para un hombre que había fundado los cimientos de su carrera política en la cooperación con Damasco aquélla era una iniciativa peligrosa.

Corría el año 1976 cuando los sirios penetraron en el Líbano por primera vez, integrados en el contingente militar enviado por la Liga árabe para intervenir en la guerra del Líbano —y desde entonces habían dominado por completo la política libanesa—. Pese a que el gobierno sirio afirmaba respaldar la estabilidad política del frágil Estado vecino, eran muchos los libaneses que se mostraban irritados por lo que consideraban una ocupación siria. El punto de inflexión se produciría cuando el gobierno sirio, contraviniendo lo estipulado en la constitución libanesa, obligara al Parlamento libanés a prorrogar por espacio de tres años el mandato del presidente Émile Lahoud. La constitución li-

banesa no permitía más un único mandato presidencial de seis años. Todo el mundo sabía que Lahoud era un político prosirio. Se decía que el presidente sirio, Bashar al-Assad, había amenazado a Hariri diciéndole: «Lahoud soy yo. Si quieres que me vaya del Líbano, escindiré en dos el país».¹ Hariri conocía los riesgos que entrañaba su decisión, pero optó por resistir las presiones que recibía del gobierno sirio en esta materia. No sabía que iba a pagar con su vida aquella determinación.

Cuando se asesinó a Hariri, sus partidarios se echaron a la calle y culparon directamente del crimen a los sirios. A lo largo de las semanas que siguieron al magnicidio, las manifestaciones ganaron amplitud y confianza, hasta culminar en la masiva congregación que habría de reunirse el 14 de marzo en el centro de Beirut, un mes después de la desaparición de Hariri. Un millón de libaneses —es decir, la cuarta parte de la población total del país— se dio cita en las calles céntricas de Beirut para exigir la independencia de Siria.

Las protestas y manifestaciones terminaron convirtiéndose en un movimiento popular que llegaría a conocerse en el Líbano con el nombre de «Intifada por la independencia» y al que los medios de comunicación internacionales adjudicarían el rótulo de «Revolución de los cedros». La agitación daría también origen a una coalición política formada para oponerse a la presencia de Siria en el Líbano, coalición que acabaría denominándose «Alianza del 14 de marzo». Una de las consecuencias del asesinato de Hariri se plasmaría además en una oposición tan intensa a la actitud siria, tanto en el ámbito interno como internacional, que el gobierno sirio se vería obligado a retirar de suelo libanés a sus catorce mil soldados y a sus funcionarios de inteligencia. El último contingente de tropas sirio abandonaría el Líbano el 26 de abril de 2005. Los libaneses se creyeron entonces en el umbral de una nueva era de independencia y cohesión nacional.

Aun después de haberse retirado el último destacamento, la sombra de Siria seguiría dibujando una ominosa silueta sobre el Líbano. La comisión de varios violentos asesinatos silenció las voces de los más abiertos críticos del régimen sirio que militaban en el movimiento del 14 de marzo, en un claro intento de intimidar a los integrantes de la coalición que habían logrado mantenerse con vida. A lo largo de los dos años siguientes habrían de morir asesinadas, tanto en atentados con coche bomba como en agresiones con armas de fuego, ocho destacadas figuras, entre las que destaca la presencia de cuatro miembros del Parlamento libanés. En opinión de muchos, los despiadados crímenes de estas respetadas personalidades del mundo cultural y político vendrían a poner de manifiesto la impotencia del Líbano para proteger a sus ciudadanos de la acción de fuerzas exteriores. La rabia por la sensación de desamparo se extendió junto con la exigencia de justicia.

Uno de los primeros en caer asesinado fue el periodista y escritor Samir Kassir, que falleció en la mañana del 2 de junio de 2005, cuando se dirigía al trabajo, al estallarle la bomba lapa colocada en su Alfa Romeo. Kassir, que escribía en el rotativo libanés *An-Nahar*, era una de las más destacadas voces del movimiento antisirio del 14 de mayo. Kassir consideraba que los problemas del Líbano venían a reproducir, en la reducida escala de ese particular microcosmos, las dolencias generales del conjunto del mundo árabe. Poco antes de su muerte, Kassir había publicado un notable ensayo en el que analizaba lo que él denominaba el «*malaise* árabe» del siglo *xxi*. Dicho malestar era un reflejo del desencanto de los ciudadanos árabes ante la constatación de hallarse regidos por gobiernos corruptos y autoritarios. «no resulta nada grato ser árabe en esta época», ob-

serva en ese escrito. «Hay quien experimenta un sentimiento de persecución y quien tiende a detestar su propia condición: una profunda inquietud recorre el mundo árabe.»

«Con todo, el mundo árabe no siempre ha padecido ese *malaise*», prosigue. Kassir compara el descontento del siglo XXI con la percepción vivida en dos períodos históricos en los que los árabes alcanzaron la grandeza, o aspiraron a ella.

Los primeros cinco siglos posteriores al surgimiento del islam definen un lapso de tiempo que se extiende desde el siglo VII al siglo XII de la era actual, y es la época de los grandes imperios islámicos que consiguieron alzarse con el predominio en los asuntos del mundo. Los árabes gozarían en ese período de una presencia internacional que les haría florecer desde Irak y Arabia hasta España y Sicilia. La era del islam primitivo es motivo de orgullo para todos los árabes, ya que representa un período pretérito marcado por el hecho de que, en su transcurso, los árabes se convirtieron en la potencia dominante en el mundo. Sin embargo, dicho período adquiere una resonancia particularmente intensa en el caso de los islamistas, ya que éstos argumentan que la grandeza de los árabes ha ido siempre de la mano de la fidelidad y el vigor de su adhesión a la fe musulmana.

En su ensayo, Kassir sostiene que en el siglo XIX se inicia el segundo período de mayor esplendor árabe, o al menos la época que, después de la anterior, se halla más notablemente marcada por la existencia de grandes expectativas. «El Renacimiento cultural del siglo XIX –escribe–, el célebre *nahda*, iluminó un gran número de sociedades árabes.» A lo largo del siglo XX, el *nahda* vino a configurar en el mundo árabe una moderna cultura característicamente laica. «Egipto fundó entonces la tercera industria cinematográfica más antigua del mundo, mientras que desde El Cairo hasta Bagdad y de Beirut a Casablanca, los pintores, poetas, músicos, dramaturgos y novelistas se dedicaron a dar forma a una cultura árabe nueva y dinámica.» La socie-

dad comenzó a cambiar, se extendió la educación, y las mujeres empezaron a correr el velo tras el que habían permanecido ocultas.

La cultura del *nahda* estaba igualmente llamada a moldear la política árabe del siglo xx, y al ir los árabes abandonando poco a poco la sujeción colonial y comenzar a acceder a la independencia, empezaron asimismo a desempeñar un papel destacado en la política mundial. Kassir enumera aquí la lista de los más notables ejemplos: «El Egipto de Nasser, pongamos por caso, fue uno de los pilares del movimiento afro-asiático y del posterior movimiento de no alineación; la Argelia independiente se convirtió en la fuerza impulsora de todo el continente africano; o pensemos si no en la resistencia palestina, a la que se recurrió para hacer avanzar la causa de los derechos democráticos sin sucumbir a la ideología victimista tan prevaleciente en la actualidad».

Kassir, que era un nacionalista laico, sostenía que las reformas modernizadoras de los siglos xix y xx resultan más relevantes para la situación actual que la edad de oro de los primeros cinco siglos del islam, y dice del *nahda* que constituyó una época «en la que los árabes tuvieron la oportunidad de encarar el futuro con optimismo». Está claro que hoy no sucede lo mismo. El mundo árabe ve el futuro con pesimismo creciente, y el planteamiento laico ha dejado de constituir una inspiración para la mayoría de la población. En mi opinión, los islamistas ganarían de calle cualquier elección libre y justa que pudiera celebrarse en el mundo árabe actual.

Kassir plantea entonces las preguntas más difíciles: «¿Cómo hemos llegado a estancarnos de este modo? ¿Cómo es posible que una cultura viva caiga en el descrédito y que sus miembros decidan unirse en el culto de la miseria y la muerte?». ² Kassir suscita así las interrogantes que han perturbado tanto a los intelectuales árabes como a los impulsores de la acción política occidental en el período pos-

terior al 11-S. En Occidente, son muchas las voces que consideran que la mayor amenaza para la seguridad y el modo de vida del primer mundo proviene del mundo árabe e islámico, en particular de lo que hoy se conoce como terrorismo yihadista. Esas personas no comprenden que en el mundo árabe son también muchos los que juzgan que la mayor amenaza para *su* seguridad y *su* modo de vida emana justamente de Occidente. Lo que ambos bandos deberían interiorizar es que existe un vínculo real entre el estancamiento y la frustración árabe por un lado, y la amenaza terrorista que tanto preocupa a las democracias occidentales por otro.

Los políticos y los intelectuales occidentales deben prestar más atención a la historia si abrigan la esperanza de poner remedio a los males que afligen al mundo árabe actual. En Occidente se devalúa con demasiada frecuencia el peso de la historia. En este sentido, el comentarista político George Will ha escrito lo siguiente: «Cuando los estadounidenses afirman que algo “es histórico”, pretenden decir que se trata de algo irrelevante». Nada podría estar más lejos de la verdad. De hecho, los occidentales tienen que prestar una mayor atención al modo en que los propios árabes han vivido y comprendido la historia. Esto serviría para ahorrarnos, si no el trago de repetir la historia, sí al menos la calamidad de reiterar viejos errores históricos.

Por no fijarnos más que en un único ejemplo, se observa que, a lo largo de los siglos, los líderes occidentales han tratado de presentar las invasiones del mundo árabe como otras tantas guerras de liberación. Cuando napoleón invade Egipto en el año 1798, ordena proclamar un edicto dirigido al pueblo egipcio y pensado para convencerles de las buenas intenciones que le llevan a penetrar en sus tierras. «Pueblo de Egipto –afirma el texto–, se os dirá que he venido a aniquilar vuestra religión; ¡no deis crédito a tales palabras! Contestad que he venido a restaurar vuestros derechos, a castigar a los usurpadores, y que respeto a Alá, a su

profeta y al Corán.» Se tiene así la impresión de que napoleón pretendía que las gentes de Egipto creyeran que si invadía su país era para liberarles de su sujeción y para promover el islam, y no para favorecer los intereses geoestratégicos de Francia en su pugna con sus rivales ingleses.

Las gentes de Egipto no eran tan ingenuas. El más destacado intelectual cairota de la época era un hombre llamado al-Yabarti, y nos ha dejado una notable crónica de la invasión francesa. Al-Yabarti ridiculiza la proclamación napoleónica: «La primera mentira que ha dicho y la primera falsedad que ha inventado ha consistido en afirmar que “no he venido a vosotros sino con el propósito de restaurar vuestros derechos, arrancándoselos a vuestros opresores”». Este mismo autor desautorizará igualmente la profesión de fe y de respeto al islam, a su profeta y a sus escrituras que acababa de realizar napoleón. En concreto dirá que todas esas afirmaciones no son sino «un desvarío de su mente, y una superlativa insensatez».³

La huera resonancia de las garantías napoleónicas se escucha asimismo en la proclama del teniente general sir Stanley Maude al entrar en Bagdad en marzo del año 1917, en lo más crudo de la primera guerra mundial, al mando de las fuerzas invasoras británicas. Maude mantenía que su ejército había invadido Mesopotamia para expulsar al enemigo otomano de las tierras árabes. «nuestros ejércitos no llegan a vuestras poblaciones y tierras en calidad de conquistadores ni de enemigos, sino de liberadores. Desde los tiempos de Hulagu [el caudillo mongol que saqueara Bagdad en el año 1258], vuestros ciudadanos se han visto sometidos a una tiranía impuesta por extranjeros ... Y tanto vuestros padres como vosotros mismos habéis gemido bajo los grilletes.» Maude proseguiría su discurso prometiendo que los británicos habrían de ayudar a las gentes de Irak a conseguir gobernarse por sí mismos y a conocer tiempos de prosperidad, a fin de que «florezca el pueblo de bagdad».⁴

Las afirmaciones sobre la liberación británica pronunciadas a raíz de la ocupación de Bagdad en 1917 no poseían mayor sustancia que las realizadas por Napoleón al referirse a la supuesta liberación de Egipto en el año 1798. En 1916, gran Bretaña había accedido ya a repartirse el mundo árabe con su aliado de guerra francés. Maude estaba conquistando unas tierras que gran Bretaña tenía la firme intención de anexar a su imperio. En torno al año 1920, la frustración provocada por el hecho de que gran Bretaña no hubiera logrado materializar el autogobierno prometido daría pie a un movimiento de insurgencia en toda la nación. Un abogado de la ciudad de Nayaf publicó por entonces un efímero periódico llamado *alIstiqlal* («Independencia»). En octubre del año 1920, le vemos exponer unas reflexiones sobre las falsas promesas de Maude: «Quedamos a la espera de lo que se nos había prometido, aunque únicamente para constatar que los oficiales del ejército [británico] nos despojaban de nuestros derechos y eliminaban nuestra independencia. Resolvimos por tanto exigir nuestras legítimas prerrogativas naturales, recordando así al gobierno que debía dar cumplimiento a sus promesas según lo exigido por la ley y el comportamiento correcto. Los oficiales [británicos] respondieron a nuestras demandas con un gran movimiento de represión, decididos a socavar los esfuerzos que realizábamos para consolidar nuestras legítimas aspiraciones».⁵ Los británicos habrían de suprimir con gran violencia la revuelta iraquí de 1920, así que durante los doce años siguientes Irak quedaría sometido a la dominación directa del imperio británico. De hecho, aunque fuera ya en régimen de control informal, Irak seguiría sujeto a gran Bretaña hasta el año 1958, fecha en la que se produce el derrocamiento de la monarquía iraquí.

En el año 2003, en la época en que el presidente estadounidense George W. Bush se disponía a invadir Irak para liberar a la población de ese país de la tiránica férula de

Saddam Hussein, los árabes volvieron a escuchar un estribillo conocido: el de la ocupación de un lobo disfrazado con las corderiles pieles de la liberación.

La invasión de un país constituye ya un abuso lo suficientemente grave como para pretender añadirle encima el insulto a la inteligencia de los perjudicados. El periodista iraquí Muntadhar al-Zaidi se haría eco de una extendida irritación al arrojar sus zapatos al presidente Bush en una conferencia de prensa convocada en diciembre del año 2008 al objeto de que el mandatario estadounidense se despidiera de Bagdad. «¡Aquí tienes mi beso de despedida, perro!», gritó al-Zaidi al lanzar el primer zapato. «¡Y éste es por las viudas, los huérfanos y los asesinados en Irak», añadió al tirar el segundo. Pese a que posteriormente fuera arrestado y juzgado por las autoridades iraquíes a consecuencia de aquel gesto, al-Zaidi se transformó, de la noche a la mañana, en el héroe de todo el mundo árabe, ya que se había atrevido a decirle al hombre más poderoso del mundo que los iraquíes no se dejaban engañar y que distinguían perfectamente entre una liberación y una ocupación.

La explosión de al-Zaidi, así como la simpatía de los árabes por su acción, revelan la existencia de un profundo sentimiento de cólera y frustración, un sentimiento nacido del doble hecho de que los iraquíes no hubieran sido capaces ni de librarse por sus propios medios de un tirano como Saddam Hussein ni de impedir que unos extranjeros invadieran Irak para derrocar con sus grandes recursos al déspota y satisfacer sus intereses particulares. Ése es el tipo de impotencia en que pensaba Samir Kassir al escribir las siguientes líneas sobre el malestar árabe: «Al pueblo árabe le obsesiona su sentimiento de impotencia...; impotencia para suprimir la sensación de no ser sino un peón de poca monta en el tablero del ajedrez mundial, aunque la partida se desarrolle justo en el patio de tu casa». ⁶ Incapaces de concretar sus metas en el mundo moderno, los árabes se

ven a sí mismos como peones desvalidos en el juego de las naciones, unos peones obligados a atenerse a unas reglas que les imponen pueblos ajenos.

No estamos aquí ante un fenómeno totalmente nuevo. Los árabes han tenido que negociar las condiciones propias de la era moderna y acatar las reglas estipuladas por el conjunto de las potencias que han ejercido su dominio en los distintos tramos históricos. En este sentido, la moderna historia árabe comienza en el siglo XVI con la conquista otomana del mundo árabe, conquista que vendrá a inaugurar el primer período en el que los árabes se verán sometidos a la dominación de una potencia exterior. Las potencias imperiales europeas y las superpotencias surgidas del período de la guerra fría no harán otra cosa que perpetuar en cada caso esa subordinación del mundo árabe a unas reglas ajenas. Tras pasar cinco siglos obligados a ceñirse a unas normas que les habían venido impuestas por otros pueblos, los árabes aspiran ahora a convertirse en dueños de su propio destino —recuperando así la situación de que ya disfrutaran durante los cinco primeros siglos del islam—. En la actualidad, la mayoría de los árabes dicen que nunca se han hallado más lejos de ver materializada su ambición.

El examen de la historia árabe desde la óptica de las normas dominantes en un determinado período histórico nos permite distinguir en la época moderna la existencia de cuatro fases distintas: la época otomana, la época colonial europea, la época de la guerra fría, y la actual época marcada por la dominación estadounidense y la globalización. La trayectoria que sigue la historia árabe al recorrer estos diferentes períodos viene caracterizada por la existencia de altibajos en los que predomina alternativamente un mayor o menor grado de soberanía y libertad de acción. Y ello porque decir que el mundo árabe se ha visto sometido a normas extranjeras no implica afirmar que los árabes hayan